

## Algunas palabras sobre Sergio Meier

Por Rodrigo Mundaca

La primera vez que vi a Sergio Meier fue en un evento literario en la Biblioteca Nacional. Lo primero que me llamó la atención de él fue su particular forma de expresarse y, claro, su cuidada indumentaria. Lucía, a lo menos, diez años menos de lo que aparentaba y era muy pausado y solemne al hablar, como queriendo dar tiempo a sus interlocutores para que meditasen cuidadosamente cada palabra.

Consideraba a Sergio dentro del reducido grupo de personas a quien uno puede literalmente atacar con interrogantes y reflexiones. El tipo de persona que no te mira con extrañeza cuando se cambia bruscamente de tema. Por el contrario, era de esas personas que tomaba tus palabras, lentamente, como agradeciéndote que las hubieras compartido. Normalmente respondía con una tormenta. Un vendaval de tal naturaleza, que uno inevitablemente terminaba naufragando en un mar de conceptos, referencias cruzadas, palabras imposibles y agotamiento mental.

Siempre me intrigó sobremanera los caminos que había seguido para llegar a convertirse en tan singular personaje. En las conversaciones era capaz de citar lo mismo a Shakespeare o a Pierre de Fermat; o discurrir sobre cosmogonía hebrea y al minuto siguiente reflexionar sobre la obra de Schrödinger. Se dice que nunca salió de Quillota, que vivía una vida retirada, dedicada a la literatura y al estudio diligente. Y bueno, si uno se pregunta por qué nunca abandonó la ciudad, la respuesta es evidente: con semejante imaginación no lo necesitaba.

Imagino a Sergio como el conde de aquel nostálgico relato de J. G. Ballard, *El Jardín del Tiempo*. Un personaje distinguido y correcto. Siempre cuidadoso con su jardín de flores de cristal, tratando de detener lo que no puede detenerse. Con una dignidad y entereza que ahora sabemos no sólo existe en los libros.

Quedará pendiente mi visita a su casa de Quillota. La invitación había sido extendida como un amistoso gesto de reciprocidad, cierta ocasión en la que estuvo en mi casa y en donde dejamos inconclusa una intensa conversación sobre multiverso, punto omega, conciencia cuántica y ese tipo de cosas. Y vaya que lamento no haber peregrinado a su casa. Un lugar que tenía tantas historias como su dueño. Se dice que la habitan fantasmas, que su biblioteca es magnífica y que desde el sótano salen túneles que se conectan con toda la ciudad.

En situaciones como esta es cuando se puede realizar una apología de la labor del escritor. Independiente de si se cree en esta vida, en otra o en ninguna y atendiendo a una lógica seguramente reduccionista, me gusta pensar que los escritos de una persona son una forma efectiva de seguir presente entre los que sobreviven.

La vida es imperecedera si se materializa en palabras.

Hasta siempre, Sergio.

Santiago, agosto 2009.